

la *Ciudad del Sol*; desde el obispo Witkins componiendo un tratado sobre la *Luna habitable*, hasta el padre Atanasio Kircher, refiriendo su *Viaje celeste* en el cual visita los diversos planetas; desde las conversaciones relativas á la pluralidad de los mundos por Fontenelle, hasta el *Ensayo sobre las tierras celestes* por el astrónomo Huygens, y *Tierra y Cielo* por Juan Reynaud, son innumerables las lucubraciones llevadas á cabo con el mismo intento, bien que sin prevención alguna por lo que dice relacion al dógma cristiano.

Mas al presente algunos plagiarios de los siglos precedentes se han preguntado, qué es lo que podrian hacer para dar vida á esas fantasías añejas y parecer nuevos bajo los despojos de los soñadores más anticuados, y al efecto mezclando con lo antiguo que tomaron de unos, algo nuevo que han tomado de otros, han involucrado el Cristianismo en utopias inofensas vas respecto del mismo, manifestando por último que en vez de sostener la existencia de un conflicto entre la religion y la ciencia, iban á fundar la *religion por la ciencia*, resultando de esta preocupación la que llamamos astronomía filosófica.

Indudablemente provocó en parte esta agresion William Whewel intentando probar que la

doctrina de la pluralidad de los mundos es contraria á la fé cristiana; mas en cambio sir David Brewster, en un concienzudo trabajo llevado á cabo para contestar al precedente, demostró que dicha opinion está de acuerdo lo mismo con la ciencia que con la religion. Gracias á esta grave réplica fundada por otra parte en la tésis del doctor Chalmers, sobre las concordancias entre las verdades astronómicas y la enseñanza evangélica, el Evangelio debia quedar para siempre jamás fuera de la cuestion; pero los publicistas que tienen ideas *que perder*, como decia Fontenelle, ó mejor aún, ideas que enagenar, no han dejado pasar desapercibida la favorable coyuntura que se les venia á las manos para enjaretar una novela astronómica, habiendo resultado de todo ello cierto número de escritos, en los cuales la ciencia, profanada por hábiles manipuladores, sirve únicamente de pantalla á la especulacion. La astronomía descendida de las alturas de su observatorio, á esos teatrillos de arrabal acusa al dógma cristiano de un optimismo tan orgulloso como poco justificado en favor de nuestro universo, formulando del modo siguiente sus prevenciones:

1.º Astronómicamente hablando, la tierra tiene grandes desventajas, y no ha sido en ma-

nera alguna constituida cual podria serlo el mejor de los mundos; por consiguiente no puede admitirse que haya presidido á su formacion una causalidad final.

2. ° Los habitantes de la tierra, con relacion á la humanidad universal, diseminada en los innumerables continentes del firmamento, solo constituyen una minoría muy exígua; por consiguiente, Dios no ha creado el firmamento exclusivamente para delectacion de los habitantes de la tierra.

3. ° La tierra tiene tres caractéres incontestables de inferioridad, respecto de otros globos; por consiguiente, éstos han de ser patria de una raza superior á la nuestra.

4. ° Finalmente, siendo como es la tierra una de las obras mas insignificantes que han salido de las manos del Creador, ¿por qué ha de haberla elegido Dios como lugar de su revelacion y de su encarnacion?

En primer lugar, ¿en qué bases descansa la opinion de los que dicen que nuestro mundo está mal hecho, y lo reciben de manos del Creador como una especie de trabajo sujeto á correccion y enmienda? Constituye este uno de los curiosos capítulos de las divagaciones de la cien-

cia, resuelta á confesar lo absurdo antes que reconocer la Providencia.

El más audaz de estos adversarios, Augusto Comte, desea que se trabaje en rectificar el eje de rotacion de nuestro globo sobre el plano de su órbita, á fin de mejorar las condiciones biológicas de la humanidad, destruyendo la desigualdad de los dias, y la diferencia de los climas y de las estaciones. Pero ademas de la dificultad que ofrece la realizacion de esta modificacion cósmica, para los seres que son mil veces menores, respecto de la circunferencia terrestre, de lo que lo son las hormigas, respecto de la cúpula del Panteon, no ha calculado Comte probablemente, que en su sistema los habitantes del círculo ecuatorial se verian condenados perpetuamente á todos los inconvenientes de la temperatura tórrida, al paso que los del círculo polar sufririan de frio todo el año. Prescindiendo de que las alternativas de invierno y de verano son necesarias para que germinen y maduren la mayor parte de las substancias alimenticias, si un dia llegaba á disminuir la oblicuidad de nuestra eclíptica, en tanto que los dos tercios de la humanidad perecian achicharrados por el calor ó arrecidos de frio, el otro tercio sucumbiría víctima del hambre.

Otros astrónomos, en odio á toda causalidad final, echan en cara á nuestro globo su fragilidad. Asístanse pensando que su corteza sólida zolo tenga algunas leguas de espesor y se estremecen al considerar ora que el océano de fuego sobre el cual marchamos, bajando sus olas, sepulte nuestros continentes en cráter sin fondo; ora que levantándolas, eleve la superficie submarina, y arroje el océano á la cima de las Cordilleras. Mas nada prueba mejor la prevision creadora, que esta perpétua dependencia en que nos tiene de las fuerzas de la creacion. Por lo mismo que ante todo se propuso el Creador en su obra un fin moral, debia adoptar el medio más á propósito para moralizarnos. Ahora bien, si el sábio se declara Dios, cuando es más débil que la naturaleza, ¿qué acontecería el día en que la dominara? La humanidad se tornaría prodeumbre si se elevara hasta la supremacia, es decir, que emancipándose de las energías superiores que inclinan su cabeza y hacen doblar sus rodillas, convertiríase en una obra mil veces mas imperfecta todavía que el mundo.

Por su parte M. Flammarion pretende que la tierra no tiene porque mostrarse satisfecha de los rayos nocturnos que la luna le envia, puesto que reflejandolos planetas mucha más luz que sus sa-

télites la tierra recibe de la luna trece veces más claridad de la que le envia. Confieso que semejante objecion me obliga á adorar el plan divino con un sentimiento más profundo. En efecto, la prueba incontestable de que la Providencia alcanza de uno á otro extremo, la tenemos en que provee al par á la armonía de todos los astros, haciendo con ello, y en virtud de una sola disposicion, la felicidad de la tierra y la de la luna.

A su vez Arago cree ser decisivo contra el dogma de la finalidad, haciendo notar que para la justificacion de esta idea, los planetas deberian tener tantos más satélites, cuanta mayor fuese la distancia á que se hallaran del sol, cosa que realmente no acontece. ¿Mas con qué derecho la ciencia pretenderia substituir al órden divino la mezquina simetría de sus combinaciones? Si Neptuno, que gira mucho más lejos que Urano y que Júpiter, se halla dotado de un número de satélites más reducido ¿no consiste pura y exclusivamente en que su funcion en nuestra economia planetaria no exige ni tanta luz ni tantos reflectores?

Finalmente, Laplace lamenta que la luna, siempre en oposicion y á una distancia cuádruple de aquella en que se encuentra de la tierra, no

realice su revolucion de manera que jamás permanezca oculta en ausencia del sol, con lo cual todas nuestras noches estarian iluminadas. El fundador del positivismo va más léjos todavía, pues pregunta, por qué razon la naturaleza no ha hecho, en obsequio de la tierra, el gasto de dos satélites de tal manera dispuestos que la aparicion del uno sobre nuestro horizonte coincidiera con la desaparicion del otro. Cuando tan conocida es la influencia de la luna, en la mecánica celeste, en los movimientos oscilatorios de la tierra, en la vida astral de este planeta, en su meteorología, en sus mareas, y en sus condiciones fisiológicas, sorprende el que tan eminentes sabios puedan condenarse á la irrisión, en odio á lo que llaman el optimismo teológico. La substitution de una luna llena permanente ó de dos lunas llenas relevándose alternativamente, en lugar del orden actualmente establecido, no seria en manera alguna una correccion útil, sino por el contrario el trastorno completo del conjunto planetario. Acontece con la verdad de la naturaleza lo que con la verdad de la religion: podrá atacársela; mas de seguro no se conseguirá sustituirla con una cosa mejor.

Por lo demás en este punto la astronomía filosófica se contesta á sí misma. «¡Presumís aca-

so que las causas finales y el verdadero destino de los seres, son realmente los que concebimos en nuestra pigmea inteligencia? ¿Creis que el plan general de la inmensa y solidaria naturaleza, puede estar al alcance de nosotros, átomos miserables de ella? ¿Persistís pues en el empeño de confundir el orden universal de los seres, son vuestros sistemas de Clasificación? ¿No imagináis que el hombre y toda su historia y su ciencia toda y su destino en la tierra, no es más que el fuego efímero de una libélula cerniéndose en el océano sin límites del espacio y del tiempo, y que para juzgar de las cosas en su verdadero orden, nos seria indispensable conocer el conjunto del mundo? (1).»

Segun los cálculos al presente mas acreditados, Neptuno, el más lejano de los planetas de nuestro sistema, se halla á más de mil millones de leguas del sol. La distancia que separa nuestro sol de la estrella más próxima, es ocho mil veces mayor que la existente entre el sol y Neptuno. Esto sentado, imagínese lo demás; asciendase de una á otra estrella, y cuando se haya llegado á la cumbre de la arquitectura ce-

(1) Flammarion. *Pluralidad de los mundos habitados*.

leste, contémpense sus detalles todos, y podrán apreciarse las ladas defectuosos. Mientras esto no suceda, respeto y silencio. Las causas finales aparecen con bastante frecuencia en la armonía de la creacion, para que sea permitido negarlas en las raras ocasiones en que se eclipsan. Según Newton el mndo es un reloj, es decir, un mecanismo complicado. Ahora bien, si la conformacion minuciosa de los rodajes que para tales fines se emplean, es indispensable para producir un engranaje que marque veinticuatro horas, ¡qué inmenso trabajo de apropiacion al fin, no habrá sido menester para construir el colosal cronómetro del universo, que desde los tiempos de Hiparco, es decir durante el dilatado período de dos mil años, en que se halla científicamente vigilado, no ha modificado sus indicaciones en un céntimo de segundo!

La astronomía negativa dice tambien: si endc tan reducida la humanidad que vive sobre la tierra, respecto de la poblacion de otros mundos, es imposible que Dios haya creado estos para nosotros.

Pero, ¿existe poblacion en los otros mundos? Como no queremos involucrar la religion en este asunto, ni lo afirmamos ni lo negamos; únicamente tomamos acta de que el partido adverso

en su argumentacion sienta como hecho inconcurso lo que está aún por probar.

Nosotros pensamos tambien con verdadero placer, que el firmamento no es un desierto brillante; que Dios es conocido y alabado en el conjunto de esa inmensidad embellecida por su magnificencia; que los mundos invisibles para nosotros, no lo son en manera alguna para otras miradas; que este planeta en fin no es el único dominio de la vida, lo que daria como resultado el que el resto del espacio fuese un campo destinado perennemente á la esterilidad y á la muerte. Mas para justificar esta hipótesis, ¡cuántas hipótesis y conjeturas deben formarse! Algunas indicáremos, sin prometernos por ello convertir á nuestros adversarios, ya que no en vano, valiéndose de la pluma de Fontenelle han escrito: "La vida existe en todas partes, y si la luna no fuese más que un monton de rocas, ántes la hara roer por sus habitantes; que convenir en que no existen en ella."

La primera hipótesis se refiere á la temperatura de los mundos. La causa preponderante del calor en la superficie de los planetas, depende de las distancias respectivas á que se encuentra del sol, de manera que en el caso de que haya en ellos habitantes, al paso que en unos se asa-

rán, en otros han de perecer helados. La astronomía poética resuelve esta dificultad, echando mano de innumerables imaginaciones sobre el estado calorífico de los globos lejanos, y apelando á la potencia infinita de la naturaleza.

Otras hipótesis sobre las condiciones atmosféricas de estos globos, La atmósfera ejerce innumerables influencias sobre el sistema físico de este mundo, pues es un fluido indispensable para la respiración de los hombres, de los animales, y hasta de los vegetales. Es el conductor necesario de las vibraciones que transmiten la palabra y el sonido, de manera que un mundo desprovisto de atmósfera, solo puede ser poblado por sordo-mudos, y constituir la mansion del silencio perpétuo. Realiza la difusión de la luz de tal manera, que sin ella sólo serian visibles los objetos expuestos directamente á los rayos solares, y la claridad reflejada de la aurora y del crepúsculo, de la sombra y de nuestras habitaciones, se trocaria en una noche profunda. Es una especie de invernáculo destinado á conservar el calor terrestre, ya que si no se hallase este retenido por el aire, seria enviado al espacio, y nos veriamos reducidos á la ruda temperatura de las regiones boreales, ó de las alturas del Himalaya. Es finalmente una envoltura

necesaria para la conservación de los líquidos sobre el globo, en virtud de la presión que ejerce, puesto que sin ella seria imposible que existiese una sola gota de agua sobre la superficie de nuestro planeta. . . . Esto sentado, pregunto: ¿cómo imaginar la existencia de los habitantes en los astros desprovistos de atmósfera, por ejemplo la luna? La dificultad se resuelve facilmente, poblando dichos mundos de existencias sin analogía alguna con las manifestaciones de la vida terrestre.

Finalmente, hipótesis relativas á la intensidad de la gravedad. El peso de los cuerpos en la superficie de un globo, depende de la masa de dicho globo y de su volúmen, por consiguiente la gravedad es en Júpiter tres veces mayor que en la tierra, y mucho más todavía en el sol. Según Plisson, en los planetas menores, un terrícola de setenta kilogramos, podría caerse desde la altura de un cuarto piso sin experimentar más daño que si en la tierra saltara desde una silla; en tanto que la caída mas insignificante; en el sol, haria su cuerpo mil pedazos, cual si lo hubiesen majado en un almirez (1). Esta dife-

(1) Los Mundos, 276.

rencia de intensidad en la gravedad, en cada uno de los diversos planetas, indica una gran divergencia en los organismos que los habitan, lo cual obliga á concluir, que si para vivir en la tierra bastan las fuerzas de un niño, para vivir en un mundo incomparablemente mayor, es indispensable la constitucion de una raza incomparablemente más vigorosa que la nuestra.

Nuestros contradictores no retroceden ante esta consecuencia; pues bien, tampoco retrocederemos nosotros: únicamente nos limitaremos á preguntarles, ¿cómo acogerian nuestras palabras si en nombre de la fé nos atrevieramos á profetizar las humanidades más ó menos quiméricas que entren en el extremo de sus antojos? Cuando la Biblia habla de algunas generaciones de gigantes que existieron en las más remotas edades, sólo logra excitar la risa de los que aprovechándose de ello la ridiculizan. Cuando la ciencia ha menester razas nuevas y más que gigantes para *amenizar* un sistema, las siembra en todas las estaciones del mundo sideral y es creida á puño cerrado, hasta por aquellos que en nada creen.

Mas aceptemos como hecho incontrovertible lo que no es mas que mera suposicion. ¿Qué contestaríamos al argumento, los habitantes de

la tierra son una fracción mínima de la humanidad universal, ¿uégo el mundo no ha sido hecho para ellos?

Lo que es para ellos exclusivamente no. La revelacion dice, para los elegidos, esto es, para toda criatura capaz de glorificar á Dios por una accion moral, y digna de estas contemplaciones eternas, en comparacion de las cuales, todas las maravillas astronómicas no son mas que juegos de niños: *omnia propter electos*. De manera que si se colocan elegidos en todos los mundos, los mundos existen para esta muchedumbre de predestinados lo mismo que para nosotros: por nuestra parte convenimos en ello no sólo sin pensar, sino con verdaderos transportes de júbilo. Amamos á Dios tan intensamente, que nuestra suprema beatitud despues de nuestro amor estriba en verle amado. Hermanos en inteiigencia, en amor, en libertad, que os cerneis sobre nuestras cabezas: ¡os tiendo la mano! De seguro no pertenecéis á la raza de Adan como yo, pero formais parte de la de los hijos de Dios: bajo este título vuestro pensamiento hace palpitar *en mi corazon*. ¡Que importan los abismos que nos separan, si nuestras almas se hallan unidas en el amor y adoracion del mismo Dios! ¡Qué importa la diversidad de nuestras pátrias atronó!

micas si ha de reunirnos una sola y misma patria? ¿Qué importan, finalmente, las diversidades accidentales de nuestras revelaciones, si todas ellas reconocen á Dios por su autor, á Dios que tiene tantos medios para salvar los mundos, como los tuvo para crearlos? Permitid pues que me lance hácia vosotros cuando los blasfemos de nuestro planeta impelan mi corazón á expatriarse: no faltan quienes os emplean para objetar la verdad de mi fé, y mi fé os acoje como mi felicidad; porqué si existís, por fuerza adorais á Dios; si le adorais, Él os abre su seno, y así como las diferentes creaciones materiales glorifican la fecundidad del Creador; del propio modo, nosotros, sus creaciones morales diseminadas actualmente en el espacio, un día formaremos en sus brazos paternales, una unidad ¡mil veces más bella que la armonía de las esferas.

Y bajo otro punto de vista, ¿cómo no ven nuestros adversarios, que nos apoyan, precisamente cuando creen derribarnos? Enciérrase para su razón en nuestro dogma un gran motivo de escándalo, que consiste en el número relativamente pequeño de elegidos que alcanzan su supremo fin en la tierra. Mas, puéblense los otros mundos de criaturas mas fieles, llénese la Iglesia triunfante con un millón de otras Igle-

sias militantes, más santas aún que la nuestra en sus miembros, é inmediatamente el número inmenso de los elegidos se substituye á la creencia contraria, sin inconveniente para la verdad evangélica; porque la economía evangelica sólo abraza los destinos de la humanidad terrestre. ¡Mas ha dirigido Dios su palabra á otras sociedades que no pertenecen á este aprisco? Imposible no es á su poder, ni indigno de su sabiduría, ni opuesto á su enseñanza; esto es cuanto nos cumple decir respecto del particular.

Poned, pues, en los campos estelarios tantas naciones como se os antoje; multiplicad hasta lo infinito si querais esas que llamais *civilizaciones astronómicas*; imaginad, por último, humanidades en todos los grados de temperatura física y moral: con tal que todo esto proceda de Dios y vuelva á Dios, por caminos trazados por su mano, la fé está á salvo.

Mas, por vuestra parte, es indispensable que convengais en que aun cuando la humanidad admira fuese la única á gozar el espectáculo de los cielos, no por esto resultaria desproporcion entre la magnificencia de esa cúpula y la grandeza moral de nuestra mansion. Una sola gota de la sangre de Jesus, vertida sobre la tierra, la haria digna de semejante privilegio. El Om-

nipotente no se ha propuesto como fin principal de la creacion, alinear ejércitos de soles, profundizar océanos inmensos, y en una palabra, suscitar en cierto modo una fantasmagoría sublime, sino producir virtudes. Cuando la bóveda celeste para nada más sirviera, que para mantener la nocion y la adoracion de Dios en el alma de los hombres, tendría razon suficiente de ser. Como decoracion para el encanto de nuestros ojos, sería acaso demasiado; pero como medio de educacion y de moralizacion al servicio de nuestra raza, y prueba indestructiblemente de la existencia de su Autor, jamás el esplendor de las cosas creadas será superior á semejante fin. *Caeli enarrant gloriam Dei* (1).

Podrán decir, si quieren, los bufones de la ciencia, henchidos de estúpida vanidad, que «la mision del sol se reduce á madurar los nisperos, acogollar las berzas, y evitar que nos demos de testarazos contra las paredes (2),» pues no obstante las manifestaciones, el sol existe y existirá especialmente para iluminar y prestar calor á las creaciones que revelan á Dios, y á las cria-

(1) Psalmo 18-1.

(2) Cyrano de Bergerac.

turas que le sirven; pero aún cuando solo sirviera para que maduraran los frutos que sirven de alimento á los santos, para iluminar su camino y guiar sus pasos, y finalmente, para servir de testigo y de medio á sus virtudes, siempre concurriría á la realizacion de una obra más grande que él mismo. El hombre que tenga en más la belleza moral que las magnificencias materiales, considerará que el universo trocado en templo y en escuela de santidad, es preferible á este universo de parada cantado por los éxtasis, por punto general, ateistas de la astronomía. Podrá Júpiter balancearse en el espacio con la majestad de una superficie cien veces mayor que la de la tierra, y prevaleerse Saturno del brillante esplendor de su anillo, y ufanarse Urano de su cortejo de satélites: el mundo sobre el cual se padece, y se ora y se hacen merecimientos, y desde el cual por el pensamiento y la esperanza se eleva el hombre á alturas superiores á las de todos los mundos, es el sitio más glorioso de toda la creacion.

Nuestros antagonistas continúan: Por lo mismo que la tierra tiene caracteres de inferioridad, comparada con determinados planetas, no solo bajo el punto de vista de su volúmen, sino también como mansion propia para llevar los fines

de la vida, hemos de considerar que en dichos planetas ha de vivir una raza superior á la nuestra. Ni acepto ni rechazo esta idea: límitome á esperar que se aduzcan las pruebas de semejante aserto, y presumo que tendré que esperarlas mucho tiempo. Sea esto dicho sin ofensa de Cristian Wol, que en su ensayo demuestra que estando la dilatación de la retina en relación con la intensidad de la luz, los habitantes de Júpiter, más intensamente iluminados que nosotros, deben tener un órgano visual proporcionado, y por consiguiente, una talla común de catorce pies, y dos tercios; es decir, la misma talla que tenía Og, rey de Basan, cuyo lecho, según la relación de Moisés, media nueve codos de largo y cuatro de ancho.

Mas, dejémonos de bromas y tomemos de nuevo las cosas en serio. La ballena y los elefantes, tienen los ojos muy pequeños relativamente á su volumen, ¿qué inconveniente hay en que los Jovinos estén constituidos según esta ley de conformación? Y, por otra parte, ¿en qué descansa la hipótesis, sistemática, que hace, por pura analogía, de las estrellas más grandes, la capital de las humanidades más desarrolladas? ¿Por ventura, así como estableció en las pequeñas ciudades de Tyro, Sidon y Cartago las me-

tropolis de muchas otras extraordinariamente más grandes, no podría fundar en una de sus obras más pequeñas el sitio de la realeza intelectual y moral del universo? ¡Extraña inconsecuencia del libre pensamiento! Si se le habla de la formación de los ángeles, tuerce el hocico; mas, si para sus fines tiene necesidad de poblar el espacio de seres sobrehumanos, por creación astronómica, ó por transformación darwiniana, no vé en ello la dificultad más insignificante: es decir, que cree posibles todos los milagros, con tal que no sea Dios autor de ellos. Habladles del paraíso cristiano en en el cual los elegidos subirán eternamente de una en otra claridad, y se compadecerán de nuestra ingenua sencillez y nuestra simplicísima credulidad, mas, profesad el dogma de la pluralidad de las existencias y de un Eden astronómico, con emigraciones ascensionales de una á otra estrella, de manera; que los actuales habitantes de la tierra sean los moradores futuros del sol, y veréis que M. Flammarion os dice que semejante opinión está perfectamente de acuerdo con los principios de la ciencia. ¡Ah! debemos advertir, que con la piadosa intención de hacer creer que el mundo de que nos habla, pertenece á la clase de los reales, dicho escritor ha tomado la precaución,

de componer los mundos imaginarios; mas la verdad es que nadie ha tragado el anzuelo. El autor me merece demasiado respeto para que no crea que él es el único que se ha equivocado.

Mas, tomemos á los habitantes de otros planetas tales cuales se nos dan, es decir, como seres más grandes que nuestro tipo: el dógma no ha de resentirse de su magnitud, como no se resentiente de su existencia. ¿Ha realizado ó realizará Dios sobre esta tierra una série de creaciones más perfectas que la nuestra? ¿Ha realizado ó realizará creaciones más perfectas en los cielos? ¿Ha constituido la humanidad en jerarquías escalonadas como la de los Angeles, y nos hallamos nosotros en el primero ó en el último grado de esta escala, biológica? Cuestiones son estas en las cuales es ocioso y excesado ocuparse, puesto que son insolubles. El Creador ha hecho las revelaciones necesarias á cada ciclo humano; no desdeñemos, pues, la nuestra, so pretexto de que otras tienen una distinta, porque todo sér moral será juzgado en conformidad á la ley que le ha sido impuesta. La palabra de Dios, como su presencia, puede dividirse en miríadas de esferas, sin perder cosa alguna de su integridad; y el que declina sus deberes de ciudadano religioso de la tierra, porque haya ó

pueda haber habitantes en la luna, se parece á esos niños egoistas que quieren ménos á su padre al paso que les concede nuevos hermanos. ¡Insensatos, que admirarian más á Dios si fuese ménos admirable!

Tocamos al término de la cuestion, haciéndonos cargo de la objecion encaminada á demostrar, que no gozando la tierra preeminencia alguna astronómica, Dios no puede haberla elegido para teatro de su revelacion y de su encarnacion.

Todo esto no es más que continuacion de la misma paradoja: la extension geográfica tomada como medida del valor intrínseco; Dios, obligado arbitrariamente á manifestarse á los grandes astros, con preferencia á los pequeños, y despojados de la santa libertad de sus preferencias. Por lo demás, esta libertad no se la han dejado los abusos de la libertad humana. Ha visto en la tierra iniquidades que reparar, y ha bajado á la tierra á repararlas. Poco importa que la tierra sea únicamente una pequeña provincia en el imperio ilimitado del espacio y un simple átomo comparado con la universalidad de los mundos; sobre este grano de polvo tenía que salvar en lo pasado y en lo porvenir incalculables miríadas de hombres: y los que no permiten á Dios que sea

tigue á uno solo en el infierno ¡le echan en cara el que se halla incomodado por tan poca cosa! ¡No se le perdona su justicia y se escandalizan de su amor!

Y sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho este amor en las otras tierras, si en ellas ha habido mal moral que destruir y humanidades culpables que regenerar? Yo respeto el secreto de su misericordia; mas lo que sé es, que con la Eucaristía en una mano y la cruz en la otra, podré presentarme un día ante la magna asamblea de los hijos de Dios y desafiar á todas las tribus de de todos los soles, á haber sido salvadas por medio de una redencion más preciosa que la mía.

Respecto del particular pueden formarse tres hipótesis igualmente admisibles.

O bien ha habido otras mundos pecadores, y en este caso Dios habrá querido rescatar todas las generaciones caídas, visitándolas unas en pos de otras. ¿Qué razon hay para que su fecundidad y su bondad no hayan imaginado para cada caída un plan de redencion apropiado y compuesto de tantos evangelios, como rebaños descarriados que volver al buen camino han existido en el infinito? Su poder revelador carece de límites como su poder creador, y léjos de menguarse con esto mi fé, elevase considerando esta

incesante peregrinacion de Dios en medio de sus obras, para reparar por medio del amor, las brechas abiertas en el órden por los extravíos de la libertad.

O bien el mal moral no existe únicamente en la tierra y en este caso diré con el doctor Chalmers: «Supongamos que entre las innumerables miriadas de los mundos, existia uno visitado por una epidemia moral, que se extendiera sobre todas sus gentes, arrastrándolas á una muerte segura: por cierto no constituiria una mancha para la perfeccion de Dios, el que lanzara esta ofensa léjos del universo de que se hubiese apoderado. Mas tampoco deberiamos sorprendernos de que por entre la muchedumbre de los otros mundos que encantan nuestro oído con el himno de sus oraciones, dejara que el mundo extraviado pereciera solitariamente en la culpabilidad de su rebelion. Mas, decidme, decidme, ¿no constituiria un acto de la ternura más elevada y esquisita en el carácter de Dios el que procurara atraer de nuevo á su corazon esos hijos seducidos por el error, y que, siquiera fuesen poco numerosos comparados con la multitud de sus adoradores les enviara mensajeros de paz para llamarles, con tal de no perder el único

mundo que se apartara del camino recto (1)?
O bien finalmente, debemos volver á la primera hipótesis que supone un gran número de humanidades inficionadas por la lepra del mal, y entonces nos encontramos con esta nueva y perentoria solución.

«Cuando murió el Salvador, la influencia de su muerte se extendió á lo pasado sobre millones de hombres que jamás habian oido su nombre, y á lo porvenir sobre muchos más millones que jamás debian oirlo. Aun cuando la redencion irradiara únicamente desde la ciudad santa, extendióse á las tierras mas lejanas y á toda la raza existente en el antiguo y en el nuevo mundo. La distancia en los tiempos y en el espacio no disminuía lo más mínimo su virtud saludable. Omnipotente para el ladrón sobre la cruz en contacto con la fuente divina, conserva la misma virtud al través de las edades, lo mismo para el Judío y el Piel-Roja del Occidente, que para el Árabe que mora en las regiones orientales. Gracias á la fuerza de misericordia que nosotros no podemos comprender, el Padre celestial extiende hasta ellos su perdón saludable. Ahora

bien, ¿qué inconveniente hay en que esta misma accion, en virtud de la misma ley, haya podido extenderse á las razas planetarias del pasado y de lo porvenir?

«Supongamos que nuestro globo se hubiese partido en dos mitades, como parece haber acontecido en 1846 con el cometa de Biela, y el antiguo y el nuevo mundo hubiesen continuado viajando ora como estrella doble, ora independientemente la una de la otra, ¿acaso habrian las dos partes dejado de disfrutar de los beneficios de la cruz? Por consiguiente, si los rayos del sol de justicia llevando la curacion sobre sus alas, hubiesen atravesado el va'lo que en tal caso habria separado el mundo americano del mundo europeo, todas las tierras del espacio, bañadas por la aurora del mismo sol, ¿habrian dejado de experimentar los beneficios de sus bienhechoras emanaciones? (1)»

Después de lo que llevamos dicho, nos parece agotado el tema de discusion, y la astronomía solo puede tener pretextos ó ilusiones de telescopio que oponer á la fé. No hablemos de Galileo, hemos expuesto cual es la parte de res-

ponsabilidad que puede caber á la iglesia en este discutido episodio de la historia científica. No hablemos de Josué, es tan fácil al que ha construido un reloj, atrasarle, siquiera una hora, y adelantarlo luego, hasta ponerlo en su punto, que no hay para que nos detengamos en demostrarlo. En suma, puesta la mano sobre la conciencia, comparemos las objeciones á las respuestas, y si la astronomía no ve las luminosas claridades de nuestro dogma al través de las nubes que se complace en amontonar, le diremos que ha perdido el sentimiento de las verdades morales, contemplando la licuacion de las nieves en las llanuras de Marte, midiendo las montañas de cincuenta mil metros de altura en el mismo planeta: es decir, que como el filósofo de la antigüedad, distraído en la contemplacion de los astros, ha caído en un pozo profundísimo.

La única conclusion lógica de semejante exposicion la tenemos íntegra en esta brillantísima página de un escritor tan querido para la ciencia como para la fé.

«Si al contemplar esa inmensa flota de mundos y entre ellos nuestra tierra, navegando ciertamente en deredor de esa isla de luz que es nuestro sol; si al contemplar las alternativas de luz, de calor, de movimiento, para los mu-»

dos alejados del centro, y despues la increíble excentricidad y la especie de vértigo de los cometas, que parecen resistirse á la ley á que se hallan sometidos, del mismo modo que los mundos habitables, y su sorprendente movilidad de formas, sus furiosas combustiones, ora sometidos al calor, ora sujetos al frio, si al contemplar toda esa geometría en accion, toda esa física viviente, todo ese maravilloso mecanismo de la naturaleza, siempre sostenido por la presencia de Dios y manifestamente regulado por su sabiduría, en fuerza de leyes que son su propia imágen; si al contemplar la vida y la muerte en el cielo, un mundo hecho pedazos cuyos fragmentos giran en derredor nuestro, el cielo arrastrando en pos de sí sus propios cadáveres, como la tierra lleva los suyos; si al contemplar las estrellas que se extinguen en tanto que otras nacen, crecen, se ensanchan; si al contemplar estas nebulosas—que ora sean grupos de soles, ó grupos de átomos, ora sean soles las unas, y átomos las otras, ó polvo del átomo ó polvo de sol, lo mismo importa—; si al contemplar los grupos de la misma raza, pero de diferentes edades, que bajo nuestras miradas han alcanzado grados diferentes de formacion, y permiten observar la marcha de su desenvolvimiento, como vemos en

medio de los bosques de encinas, el desenvolvimiento del árbol en todas sus edades; si al contemplar en todos los mundos las alternativas de noche y de día, la sucesión de las estaciones en consonancia con la vida de la naturaleza, y hasta me atrevería á decir con la vida de nuestras almas y de nuestros pensamientos, vicisitudes y alternativas, inevitables en todas partes, excepto en ese mundo central donde reinan un estío y un medio día perennes..... Si al contemplar tan indescriptible espectáculo no descubris en la astronomía, ni poesía, ni filosofía, ni religión, ni moral, ni esperanzas, ni conjeturas respecto de la vida eterna y del estado estable del mundo futuro; si no creéis en esta profecía de S. Pedro, "Habrán nuevos cielos y una nueva tierra," y en este oráculo de Cristo: "No habrá más que un rebaño;" Si en presencia de esos caracteres grandiosos y de esos rasgos fundamentales de la obra visible de Dios, miráis sin ver y sin comprender, sin sospechar la posibilidad del sentido, entónces, ah, entónces, verdaderamente os compadezco (1)."

1 A. Gratty,

CAPITULO X.

LA FÉ Y LA BIOLOGÍA.

La fé nada debe temer de la geología ó sea la ciencia de la tierra, ni de la astronomía ó sea la ciencia del cielo. ¿Estará más segura por lo que respecta á la biología, es decir la ciencia de la vida? Naturalistas ateos han pretendido hacer creer esta falsedad. Con las piezas del proceso en la mano, vamos á ver lo que debemos pensar de semejante opinion.

En cuante hubo Dios producido los mundos, ocupóse en sembrarlos y poblarlos: el mismo po-